



Michael C. Behrent

En nuestro último número (1), Michael C. Behrent (2) examinó la "influencia subterránea de Jean-Claude Michéa sobre una nueva generación de anticapitalistas radicales en Francia". Aquí, habla con Kévin Boucaud-Victoire, un joven miembro de la izquierda francesa influenciada por Michéa, cofundador de la revista *Le Comptoir* (3) y autor de un libro reciente sobre Michéa, *Mystère Michéa: Portrait d'un anarchiste conservateur*, publicado en Francia por L'Escargot . (Lea la entrevista de Behrent con Michéa aquí [4]).

Michael C. Behrent: Kévin Boucaud-Victoire, tienes treinta años. Eres un reportero. Has escrito para *L'Humanité*, el periódico del Partido Comunitario Francés. Has estado estrechamente relacionado con varias revistas de izquierda (especialmente *Le Comptoir*). Has publicado dos libros (*La Guerre des gauches* [5], o *La guerra de las izquierdas* , y un breve ensayo sobre Orwell). Eres un admirador de Jean-Claude Michéa. ¿Cómo explicarías tus antecedentes y trayectoria política?

Kévin Boucaud-Victoire: Es una historia bastante larga, así que intentaré resumirla. Tuve la suerte de nacer en una familia trotskista. Mis dos padres eran activistas en *Lutte Ouvrière* (Lucha de los Trabajadores o LO). El disgusto por todas las formas de injusticia, desigualdad y racismo me hizo volverme hacia el trostkismo de la *Ligue Communiste Révolutionnaire* de Olivier Besancenot (la Liga Comunista Revolucionaria o LCR). Al final, las elecciones presidenciales de Francia de 2012 me empujaron hacia el *Front de Gauche* (el Frente de Izquierda, o FdG), cuyo candidato, Jean-Luc Mélenchon, realizó una buena

campaña. Saque mi tarjeta con el PCF (Partido Comunista), por razones locales: vivo en una ciudad donde los comunistas son históricamente fuertes.

No fue hasta los veintiún años que comencé a interesarme verdaderamente en las ideas. En ese momento, estaba haciendo una maestría en economía, luego de una licenciatura en matemáticas. La lectura de ensayos políticos, sociológicos o filosóficos no fue nada natural para mí. Empecé con Marx y Engels, junto con Lenin y Trotsky. Devoré rápidamente los libros de un gran número de autores: Jean-Jacques Rousseau, Pierre Bourdieu, Aimé Césaire, Frantz Fanon, Angela Davis, Malcolm X, Edouard Glissant, Patrick Chamoiseau y Jean-Paul Sartre.

En 2012, la lectura de otro autor francés contemporáneo, al que descubrí casi por accidente, revolucionó mi forma de pensar. Fue Jean-Claude Michéa. Tengo con él, en primer lugar, una enorme deuda intelectual: en un ensayo, *L'Empire du moindre mal* (El reino del mal menor), me presentó a George Orwell, Christopher Lasch, Guy Debord, Cornelius Castoriadis, Michel Clouscard, Philippe Muray y Marcel Mauss, pensadores que luego exploraré con más profundidad. A continuación, me hizo consciente del hecho de que el capitalismo es un "hecho social total", basado tanto en el liberalismo económico como en el liberalismo político y cultural: la idea de que todos deberían vivir "como mejor les parezca", con la salvedad de "no dañar a los demás" y sobre todo el culto al progreso. De esta forma, el capitalismo se reduce a un sistema regulado exclusivamente por la ley y el mercado.

Finalmente, para concluir, quisiera señalar que nada me predestinó a ser periodista, ya que estudié matemáticas y economía cuantitativa. Al principio, incluso trabajé como economista en un banco. Mi pasión por la escritura comenzó en 2012. Con un amigo, creé una revista de música en línea, de la que soy el editor. A finales de 2012 me incorporé a *Ragemag*, una revista política y cultural online cercana a las ideas de Michéa, donde todos trabajaban como voluntarios. Me convertí en periodista en 2014 cuando me incorporé a

L'Humanité

. El mismo año creé con algunos amigos, la mayoría de los cuales habían estado con

Ragemag

, que había dejado de existir, la revista en línea

Le Comptoir

(que ahora también tiene una edición impresa), que se ve a sí misma como socialista y pro-decrecimiento. Por último, recientemente me convertí en editor del sitio

Le Média press

, la rama escrita de Média, un programa de televisión en línea fundado por seguidores de Mélenchon.

Behrent: En su libro *La guerra de las izquierdas* (Editions du Cerf, 2017), argumenta que la izquierda en Francia y otras democracias occidentales está desesperadamente dividida, particularmente entre una izquierda liberal y una izquierda radical y anticapitalista. En su opinión, ¿por qué ya no es posible una unión de izquierda?

Boucaud-Victoire: En mi libro intento explicar por qué ya no se debe hablar de “izquierda”, sino de izquierdas, ya que existen tres familias políticas que durante un siglo pertenecieron al mismo bando, pero ahora se han vuelto difíciles de identificar, de unir. La división izquierda-derecha nació aquí, en Francia, durante la revolución, específicamente el 28 de agosto de 1789. La “izquierda” se refería a quienes se oponían al poder monárquico. Es entonces cuando nacen las dos primeras familias que lo constituyen: la izquierda liberal y la izquierda jacobina. La primera defendió el liberalismo político. Era completamente individualista y se basaba en la separación de poderes y un “estado neutral respecto a los valores”, es decir, una autoridad pública que rechazaba cualquier concepción del bien o de la moral. La segunda izquierda, muy francesa dentro de esta familia, más bien cree en la república única e indivisible, encarnada por el poder del Estado, unida a la idea de progreso y de individuos emancipados de todos los determinismos. Varias décadas más tarde, nació una tercera familia, el socialismo, fruto de las condiciones sociales engendradas por la naciente sociedad industrial y las luchas obreras. Esta doctrina anticapitalista fue definida por Pierre Leroux en 1834 como “la doctrina que no sacrificará ninguno de los términos del lema libertad, fraternidad, igualdad, unidad, sino que los reconciliará todos”.

Al principio, estas tres familias tenían poco en común. Las tres surgieron de la Ilustración, creyeron en el progreso y se opusieron al Antiguo Régimen. Tenían un enemigo común: las fuerzas conservadoras y reaccionarias que querían restablecer viejas jerarquías. Un contexto muy distinto hizo posible una alianza entre ellas (anticlericalismo, antimonarquismo y más tarde antifascismo).

Desde entonces, el contexto ha cambiado. El fantasma del regreso del Antiguo Régimen se ha desvanecido. El fascismo incondicional solo es adoptado por grupos pequeños, incluso si una nueva extrema derecha identitaria está creciendo en Francia y en todo el Occidente. El neoliberalismo, por su parte, ha devastado por completo a la sociedad, transformándola diaria y continuamente en agregados de individuos regulados nada más que por la ley y los mercados. Al mismo tiempo, la izquierda, en general, ha perdido su arraigo en las clases trabajadoras, debido a sus compromisos con el sistema. Por eso, nuestro ex primer ministro, Manuel Valls, habló de “dos izquierdas irreconciliables”: una liberal y otra antiliberal. Yo hablo de tres izquierdas irreconciliables, agregando la izquierda jacobina, que actualmente está muy preocupada por el laicismo. En la actualidad, estas familias están en desacuerdo en casi todo, y la falta de un enemigo común les impide formar un frente común.

Behrent: Has hablado con propiedad de lo que Michéa llama el "teorema de Orwell": cuando la extrema derecha gana entre la gente común, la izquierda necesita examinarse a sí misma. ¿Esta idea nos ayuda a comprender lo que sucedió en Francia y en otros lugares en los últimos años?

Boucaud-Victoire: Durante los últimos veinte años, el Frente Nacional se ha convertido, después de los no votantes, en el partido obrero más grande de Francia. En 2017, el 41 por ciento de los trabajadores optaron por Marine Le Pen, al igual que el 31 por ciento de los trabajadores administrativos [empleados]. Mélenchon logró limitar el daño (con el 24 por ciento de los trabajadores y el 19 por ciento de los trabajadores administrativos), pero estos votantes lógicamente deberían pertenecer a la izquierda. Debemos entender cómo llegamos aquí. Creo que se debe a tres factores, uno estructural y dos contingentes, que explican cómo terminamos en esta situación.

Primero, como dije antes, la izquierda está del lado del progreso y por lo tanto de la agitación permanente. Esto corresponde más a los valores de la pequeña burguesía y la burguesía. Si bien el progreso tecnológico ha tenido efectos beneficiosos para las profesiones liberales y de altos ingresos, desde el siglo XIX, ha resultado alienante para los grupos económicamente más modestos; le remito al libro de David Nobles, *El progreso sin el pueblo*. Sobre esta nota, George Orwell, en *The Road to Wigan Pier*

, observó que "lo desafortunado es que en la actualidad la palabra 'progreso' y la palabra 'socialismo' están inseparablemente vinculadas en la mente de casi todos... [El] socialista siempre está a favor de la mecanización, la racionalización, la modernización, o al menos cree que debería estar a favor de ellas". Sin embargo, hay que señalar que, hasta la década de 1980, la izquierda logró ser obrera, en particular los comunistas, que eran el partido del proletario.

Pero la llegada al poder en 1981 de François Mitterrand, el primer presidente "socialista", fue un acontecimiento importante y negativo. En 1983, el Partido Socialista, cuya dirección es mayoritariamente burguesa, rompió con su programa inicial. Este fue el llamado "giro hacia la austeridad" (*tournant de la rigueur*). Los socialistas abrieron un paréntesis (económicamente) liberal que nunca cerraron y abandonaron a las clases trabajadoras. Para esta izquierda y sus periódicos, estos últimos ahora eran vistos como pandilleros, racistas y xenófobos. Buscando una nueva lucha "progresista", Mitterrand recurrió a la cooptación del antirracismo, con la creación de la organización SOS Racisme en 1984, y al antifascismo, con el surgimiento del Frente Nacional de Jean-Marie Le Pen en 1983. El capitalismo dejó de ser un problema.

El Partido Socialista se convirtió gradualmente en el partido de la pequeña burguesía urbana cultural (los “bobos”), al tiempo que intentaba contar con el apoyo de las “minorías” (minorías étnicas, mujeres, homosexuales, etc.). El último logro de esta izquierda fue el informe emitido por el *think-tank* socialista *Terra Nova* titulado "La izquierda: ¿Es la mayoría para el 2012?" Los autores piden un enfoque en "la Francia del mañana", que es "más joven, más diversa, más feminizada", "un electorado culturalmente progresista". El corolario es la necesidad de abandonar "la clase obrera en declive", que en cualquier caso vota por la extrema derecha. Desafortunadamente, la izquierda liberal ha atraído a la izquierda “radical” (aunque esta última no se da cuenta), que gradualmente ha abandonado la lucha de clases como su principal sistema operativo.

Finalmente, veo una tercera razón: la cuestión de la soberanía. Como ha demostrado el ensayista Aurélien Bernier en *La gauche et ses tabous (La izquierda y sus tabúes, 2014)*, el surgimiento del Frente Nacional provocó el “pensamiento Lepeñizado” (la *lepennisation des esprits*), pero también el “pensamiento anti-lepenista”. Cualquier idea defendida por el líder del Frente Nacional se volvió intrínsecamente fascista y repugnante. Entre estas ideas estaba la crítica al libre comercio, la globalización y la Unión Europea. Estos últimos no solo son dañinos para las clases trabajadoras, sino que solo desafiándolas puede volverse creíble el programa social de la izquierda, ya que requiere margen de maniobra.

Actualmente, *La France Insoumise* (el partido de Mélenchon) ha dado pasos en una buena dirección en estos últimos puntos, con un discurso populista influenciado por Chantal Mouffe y Ernesto Laclau, y reforzando su postura sobre la UE. Pero esto no es suficiente. Mientras tanto, la izquierda, a menudo inconscientemente, ha cedido las clases trabajadoras a la extrema derecha.

Behrent: ¿Debe la izquierda volverse populista?

Boucaud-Victoire: Si por "populismo" entendemos una política que busca conectar a las clases trabajadoras con la democracia, sí. A mi modo de ver, el populismo es una estrategia política que vincula un medio —la lucha de clases, pero concebida de manera diferente a su sentido marxista— con un fin muy preciso: la auténtica socialdemocracia. En otras palabras, busca reinstalar al pueblo concebido políticamente (el *demos*) a través del pueblo concebido socialmente (la plebe, opuesta a las élites).

Recuérdese que antes de convertirse en un término abusivo sinónimo de "xenófobo", "nacionalista" y "nazi", "populista" tenía un significado positivo en Rusia, Estados Unidos y Francia. En la década de 1860, bajo los zares, se refería a los revolucionarios que defendían un socialismo agrario y popular: los *narodniks* (los que estaban a favor del "pueblo"). Incluso obtuvieron el apoyo de Marx. Al otro lado del Atlántico, el Partido Popular, también conocido como Partido Populista, formado en 1891, según Serge Halimi (editor de

Le Monde Diplomatique

), "simultáneamente progresista, arraigado en tradiciones rurales y estructurado en torno a un programa ambicioso y preciso de transformación económica". Menos revolucionario que su primo ruso, este populismo denunció el mundo de las finanzas, la corrupción de las élites y la traición al ideal democrático estadounidense y se convirtió en el defensor de los agricultores, los trabajadores, los pequeños productores y "los oprimidos, cualquiera que su raza puede ser." Finalmente, en Francia, el término aparece a fines de la década de 1920 y se refiere a una corriente literaria que intentó retratar a la gente de la clase trabajadora de manera realista. Incluso hay un premio literario populista que existe desde 1931, ganado en 1940, en particular, por Jean-Paul Sartre por

El muro

, para recompensar las novelas que "prefieren a los individuos que pertenecen al pueblo como personajes y los entornos de la clase trabajadora como escenarios, siempre que provoquen una auténtica humanidad".

En resumen, como diría Orwell, la izquierda debe esforzarse por reunir a "todos los que se avergüenzan del jefe y todos los que se estremecen cuando piensan en el alquiler".

Behrent: ¿Hay partidos o figuras hoy en día que considere modelos de la dirección que debe tomar la izquierda?

Boucaud-Victoire: Primero mencionaría el movimiento zapatista. Aprecio su anticapitalismo radical, su enfoque del cambio social, su cercanía con los pobres, su federalismo, su anarquismo y la negativa al poder de sus líderes y su insistencia en el anonimato. Yo añadiría que, como patriotas y católicos, en un país donde eso importa, han podido movilizar a las clases trabajadoras. También podría mencionar el municipalismo de Rojava, aunque tiene un inconveniente significativo: las relaciones de los kurdos con otros grupos étnicos regionales. Digamos que aprecio el igualitarismo y el democratismo de los kurdos, pero mi temor es que lo logren dominando a otros pueblos.

No me viene a la mente ninguna figura contemporánea. Para mí, el último gran modelo político fue Thomas Sankara, presidente de Burkina Faso de 1983 a 1987. Era un hombre verdaderamente cercano al pueblo ("debemos preferir dar un paso junto con el pueblo antes que diez pasos sin el pueblo"), que fue patriota, demócrata, ecologista y feminista, además de estar inspirada en el marxismo-leninismo: un perfecto cóctel populista.

Behrent: ¿Cómo explicaría el atractivo contemporáneo de un pensador como Michéa y la forma en que ha reavivado el interés por figuras como Christopher Lasch y George Orwell?

Boucaud-Victoire: El neoliberalismo nos ha llevado a un callejón sin salida. Ya no podemos ignorar este hecho. Integra cada vez a menos personas en el cuerpo social, crea nuevas formas de alienación, desigualdades monstruosas y se muestra incapaz de dar sentido a nuestras vidas. Además, nos ha llevado a una gran crisis ecológica. Sin embargo, el marxismo-leninismo y el "socialismo realmente existente" han demostrado que no eran una alternativa.

Michéa, Lasch y Orwell han trazado los contornos de un nuevo radicalismo democrático anticapitalista que también es crítico con la cultura alienante de la sociedad moderna ("sociedad de masas"). Michéa es un punto de partida para muchos otros pensadores que he mencionado. También es un punto de partida para pensadores inclasificables como Simone Weil, Jacques Ellul, Ivan Illich, Gustav Landauer y Jaime Semprun.

Behrent: Su revista, *Le Comptoir*, publica artículos que critican el multiculturalismo y ciertos tipos de feminismo. Esto es difícil de asimilar para los estadounidenses si se dice "estar de izquierda". ¿Cómo explicaría esta posición a los progresistas estadounidenses?

Boucaud-Victoire: Seguramente es el resultado de nuestras diferentes historias. Nuestra cultura política es republicana, mientras que la suya es liberal. El liberalismo cultural —del cual surge el multiculturalismo— les parecerá natural y más difícil de cuestionar. Sin embargo, esto es mucho menos cierto aquí. Ya en 1985, Guy Debord observó: "Nos hemos convertido en estadounidenses. No es de extrañar que debamos experimentar todos los problemas miserables de los EE. UU., desde las drogas hasta la mafia, la 'comida rápida' y la proliferación de etnias".

Lo que criticamos son las nuevas formas de activismo que surgieron de la “teoría francesa”, es decir, de la extensión estadounidense de las ideas deconstruccionistas de pensadores franceses como Foucault, Deleuze y Derrida. En *Le Désert de la critique* (El desierto de la crítica), el filósofo socialista y anarquista Renaud García muestra cómo estas teorías desalientan “cualquier esfuerzo crítico que todavía busque orientar las luchas políticas y sociales en torno a conceptos como la dignidad humana, la justicia y la verdad”—Y por ende la búsqueda de soluciones integrales.

Behrent: ¿Cómo explica el hecho de que intelectuales como usted y Michéa se vuelvan, como izquierdistas, hacia ideas que muchos ven como conservadoras? ¿Se ha hecho necesario que la izquierda adopte un giro conservador (en lugar de liberal)?

Boucaud-Victoire: Desde el descubrimiento de los horrores del bloque soviético y su colapso, la izquierda ha tenido que reinventarse. Una nueva izquierda, como expliqué antes, ha intentado cambiar a la clase trabajadora, en declive debido a la globalización, por las “minorías” y la deconstrucción. Pero choca contra el muro de la realidad. Lo que ves como un giro conservador no es más que la conciencia de que “existe, en el legado multi-milenario de la sociedad humana, una cierta cantidad de logros que deben ser preservados” (Michéa) y sin los cuales no es posible la emancipación. La crisis ecológica ha dado prueba de este hecho, ya que para solucionarlo tendremos que aprender a conservar. Pero otros problemas requieren un cambio radical. En “Brindis por la Revolución” (1848), Pierre-Joseph Proudhon escribió: “Quien habla de revolución necesariamente habla de progreso, pero igualmente necesaria es la conservación”. Seamos fieles al pensamiento del padre del anarquismo.

Behrent: ¿Qué opinas del movimiento de los chalecos amarillos?

Boucaud-Victoire: Un movimiento que al principio fue difícil de identificar políticamente, los chalecos amarillos tomaron a todos, especialmente a la izquierda, con la guardia baja. Es cierto que comenzó con un eslogan que podría parecer ambiguo o “poujadista” para quien no esté familiarizado con las clases populares de la “Francia periférica”, es decir, la Francia urbana, periurbana y rural en la medida en que no está integrada en las principales metrópolis, que están vinculadas a la globalización. Detrás de su hostilidad a los impuestos excesivos se esconde un fuerte sentimiento de injusticia y desesperación social. Además, este movimiento movilizó a personas que no suelen ir a las manifestaciones. Si bien desde el principio me gustó el movimiento, sí preocupó a la izquierda y a los sindicatos, que vieron cómo se les escapaban las cosas de las manos.

Cuando uno mira un mapa de las movilizaciones indirectas, los bastiones del movimiento de los chalecos amarillos, uno ve no solo que la Francia periférica está sobrerrepresentada, sino también aquellas partes del país que votaron "no" en el referéndum de 2005 sobre la Constitución Europea. Por tanto, se puede concluir que son los "perdedores" de la globalización y la integración europea. Muy rápidamente, esta masa no politizada logró, a través del diálogo, lanzar varias medidas políticas interesantes, en particular el referéndum de la iniciativa ciudadana (*référendum d'initiative citoyenne*). Es como si los chalecos amarillos, al reconstruir los lazos sociales, hicieran surgir el sentido común de la gente común. Luego, durante las movilizaciones de París, no dudaron en manifestarse en los barrios burgueses occidentales, donde se concentra el poder político y económico. Desde el 68, las manifestaciones laborales siempre se habían limitado a los barrios populares y aburguesados del Este de París, hasta el punto de que hacer algo diferente se volvió inimaginable. Desde este punto de vista, los chalecos amarillos eran más subversivos que la izquierda.

Lo que queda por determinar es si este movimiento es de izquierda o de derecha. De hecho, no es ninguno; es una expresión casi pura de la lucha de clases. Esto último, que hasta ahora ha sido librado principalmente por la burguesía —Macron fue demasiado lejos en este sentido— nunca es realmente de izquierda ni de derecha. Esperemos que los chalecos amarillos inauguren una nueva época de lucha social.

Kévin Boucaud-Victoire es cofundador de Le Comptoir y autor de La guerra de las izquierdas y de un libro reciente sobre Jean-Claude Michéa.

Michael C. Behrent es profesor de historia en la Appalachian State University.

Notas del Traductor:

1. <https://www.dissentmagazine.org/issue/spring-2019>
2. <https://www.dissentmagazine.org/article/frances-anti-liberal-left>
3. <https://comptoir.org/>

4. https://www.dissentmagazine.org/online_articles/an-interview-with-jean-claude-michea

5. <https://www.editionsducerf.fr/librairie/livre/17945/la-guerre-des-gauches>

Fuente: https://www.dissentmagazine.org/online_articles/irreconcilable-lefts-an-interview-with-kevin-boucaud-victoire

Traducción del inglés de Juan Gabriel Caro Rivera